

**Sábado XI del TO
Ciclo B**



22 de junio de 2024

2Cron 24, 17-25

Sal 88

Mt 6, 24-34

P. Eduardo Suanzes, msps

«Nadie puede servir a dos señores porque odiará a uno y amará a otro, u obedecerá a uno y no al otro» ... ¿Obedecer al dinero? ¿Pero es que el dinero habla, manda, exige...?

Hay que tener en cuenta que para que algo o alguien sea mi señor he de darle el corazón libremente: no vale que sea a la fuerza, tiene que ser libremente. Esto significa que me sujeto, porque quiero, a sus exigencias. ¿Cuáles son las exigencias del dinero? Al vivir para él, el dinero exige crecer y reproducirse; aumentar y agigantarse sin límites. Además, tiene la particularidad de que nunca quedará satisfecho y esa finalidad está por encima de mi felicidad.

Al principio me engaña haciéndome creer que seré feliz si lo tengo a toda costa; y cuando lo obtengo me hace ver que, efectivamente lo soy, que colma mis aspiraciones; me empuja a volverme sobre mí mismo y mis intereses colmando mis aspiraciones rastreras, dándome la sensación de que tengo el poder y el control sobre todo. Me hace ver que puedo controlar todo, personas y cosas, y la sensación de poder hacerlo crea en mí un halo de superioridad que me hace considerar lo que me rodea inferior a mí. Me da la sensación que, al tenerlo a él, tengo la seguridad y la supervivencia realizadas; el control y el poder sobre lo que me rodea; la estima y el amor de todos.

Justamente incide sobre las tres necesidades biológicas del hombre que desde nuestra más tierna infancia luchan por realizarse a veces con más o menos éxito, a veces desastrosamente: **seguridad y supervivencia; poder y control; afecto y estima**. Ese es su poder.

Pero poco a poco va introduciendo su influencia maligna de crecer sin límites haciendo que subordine, mi vida, mi familia, mis amigos, mi vocación personal, mi tiempo, mi deseo, para satisfacer sus necesidades. Y entonces, esas tres necesidades básicas humanas se pliegan ante él: **seguridad y supervivencia, poder y control, afecto y estima** se orientan hacia él buscando ser llenadas por él, con más y más dinero. No importa no tenerlo, lo que importa es desearlo y hacer lo que sea por obtenerlo.

Al tener dinero, tienes cosas, todas las que quieras y en ellas colocas tu **seguridad**. Creemos que las cosas dan la seguridad y que con ellas sobrevivimos; creemos que nos proporciona la estabilidad, la firmeza, y si no las tenemos perdemos piso.

Además, necesitamos **afecto** porque nuestra autoestima está por los suelos. Y si alguien lo tiene, ¿por qué yo no?; mi falta de afecto tiende a ser llenada con cosas. Las personas se me acercan porque buscan lo mismo y creo que me quieren por mí mismo, cuando en realidad es por el dinero.

Controlo todo, manejo todo a mi antojo y según mis fines; creo que tengo el **poder** sobre las cosas y las personas, subordinándolas a mis intereses.

Y así el ser humano se queda en un nivel rastrero, convirtiéndose en alguien cosificado: es decir, solo vive para las cosas y para sí mismo; él mismo se ha convertido en una cosa, dejando de ser persona. Ha entrado en una cárcel invisible que le ha privado de lo más noble que es su libertad.

La diferencia con Dios es que al darle libremente a él mi libertad, me hace más libre y pleno porque su única aspiración es que yo sea libre y feliz; me guía por el camino contrario del dinero, justamente el contrario, porque nos invita, sin imponerse, a llenar esas tres necesidades básicas saliendo de nosotros mismos, como él hace; recorriendo el camino extraño de la pérdida, porque ahí precisamente está la ganancia. Que el control de tu vida lo obtienes cuando lo pierdes por amor y eres capaz de saltar al vacío sin preocuparte ni por lo que vas a comer ni por lo que vas a vestir.

La condición es fiarte de que estás en sus manos; unas manos que sólo buscan el bien para ti, haya tormenta o sol. Y para que nos convenzamos de que esto es así, él mismo recorre el camino de la pérdida hasta el extremo, porque hasta el extremo nos amó. La resurrección no es más que la confirmación de Dios de que el camino de la cruz (el opuesto al del dinero) es el único camino para ser feliz. Una resurrección que se realizará plenamente en nuestro último día, sea el que sea, pero que se anticipará misteriosamente cada vez que somos capaces de morir por los demás.

Ojo, no se nos pide que nos despreocupemos de las cosas materiales sino que no nos agobiamos por satisfacer esas necesidades. Tenemos obligación de procurar lo necesario para la vida, pero sin poner el objetivo de la existencia en ello. Comer para vivir y no vivir para comer.